

ARRORRÓ MI ROLLING STONE (*)
Por Lucía Caumont (2°C)

Banderas, fotos, cuadros, caricaturas, entradas, pasajes y sobre todo lenguas, muchas lenguas. Un papel tapiz poco convencional recubre las paredes del pequeño apartamento de Germán *El Chapa* Latorre, un músico de 24 años. En este lugar, todo habla de *rock*, todo es *rock*. Especialmente su dueño, quien ante los ojos del que lo mira se convierte en una extensión de ese papel tapiz; broches en su mochila, parches en su pantalón, dibujos en su remera, cordones alrededor de su cuello y un flequillo pronunciado en el medio de su frente son algunos de los elementos externos que hablan de su persona, incluso con más claridad y precisión que cualquier palabra que sea pronunciada con intención de definirlo. Él es un lienzo que nunca está en blanco, porque aunque no diga palabra, siempre tiene algo para decir, algo que no va a callar.

Cuenta que se enamoró de la armónica — el instrumento que toca — a los siete años, luego de que su padre, Alberto, compró una armónica profesional para su propia banda de *rock*, llamada *The Gotters*. “Ver a mi padre como un ídolo arriba de un escenario fue lo que me impulsó a ser músico”, dice mientras prende el primer cigarrillo de la entrevista. Además de la admiración hacia su progenitor, Germán asegura haber sentido un gran interés por el sonido de aquel instrumento, por lo cual pidió a su padre que le comprara uno para él solo. Una armónica china, de segunda mano, probó ser más que suficiente para que este músico diera sus primeros pasos en la etapa inicial de su proceso de aprendizaje; etapa que él califica de “autodidacta”, porque “sacaba de oído lo que papá hacía”. Según explica, como el conocimiento que su padre tenía de la armónica era limitado, — en tanto se fundaba en la experiencia y no en la teoría — en unos pocos meses logró igualarlo e incluso comenzó a tocar canciones simples. Como el alumno que supera al maestro, Germán se sintió sumamente orgulloso, pero al mismo tiempo entendió que desde ese momento en adelante su camino por la música estaría separado del de su padre. Fue entonces que, aún siendo un niño, Germán decidió dejar de lado la armónica.

El divorcio de sus padres constituyó, innegablemente, el primer punto de inflexión en su vida. A los 15 años, Germán tuvo que sufrir el alejamiento de quien fuera su ídolo, su maestro, de su vida cotidiana, puesto que pasó a vivir solo con su madre. Fue en ese momento de tristeza y desesperanza que volvió a enamorarse de la armónica: “la recuperé como un modo de acordarme a mi padre”, confiesa emocionado. Decidido a compensar el tiempo perdido, comenzó a buscar incasablemente un profesor que le pudiera enseñar los aspectos técnicos del instrumento que su padre no había podido proporcionarle, aunque tenía muy en claro que dar con la persona adecuada era una empresa muy difícil y “más en Uruguay”. Mientras, retomó la práctica del instrumento tocando sus temas favoritos de *rock* y *blues*; los estilos musicales a los que adhiere. Entre esas canciones predominaban las de agrupaciones argentinas como *Ratones Paranoicos*, *Viejas Locas* y *La 25*. El tema homónimo de esta última banda fascinaba al músico por su grado de complejidad, ya que utilizaba una armónica en tonalidad de *Re*, que él ansiaba comprar para aprender a tocarla. Con el dinero que tenía para pagar la luz eléctrica, adquirió la armónica que quería, pero de la tienda de música se llevó más que el instrumento: allí también le recomendaron un profesor, luego de dos años de búsqueda, con el que toma clases de solfeo hasta hoy y a quien pidió cancelar una lección para poder hacer esta entrevista.

Unos meses después de comenzar sus clases de armónica, Germán fue invitado a integrar la banda de *rock Sureste* por parte de sus miembros: “un grupo de chicos a los que conocí por amigos en común”, dice con un dejo de indiferencia. Se puede percibir claramente que este es un tema que no desea abordar, por lo que rápidamente responde a la pregunta de cómo describiría esta experiencia con un demasiado políticamente correcto “fue una buena experiencia, les agradezco a los chicos por haberme dado la posibilidad de actuar arriba de un escenario”. La interrogante de por qué ya no toca con *Sureste*, luego de dos años de compartir escenario, basta para que la razón de su evidente disgusto salga a la luz: “mi armónica empezó siendo una novedad, pero después le sacaba protagonismo a ellos, al cantante”, sintetiza Germán. Esta primera decepción en una agrupación musical no impidió que el músico se uniera, casi inmediatamente, a *Corina*, su segunda banda, con la que tocó hasta su disolución. Finalmente, *La Majestuosa* fue el último grupo al que perteneció, aunque admite que “de un modo más informal, porque tocábamos en cumpleaños de 15 de amigos”.

De chico, algunos de sus amigos le decían *Paco Germánico*, porque supuestamente tendía a exagerar los relatos de las cosas que le pasaban. Probablemente su toque con *Jóvenes Pordioseros*, una de las bandas argentinas más populares de la escena musical actual, hubiese sido considerado un *paco* — una fantasía — si Germán lo hubiese relatado 15 años atrás, ya que es un logro tan grande que parece increíble. El pasado 24 de marzo tuvo lugar en *Área* — un local bailable de Montevideo — lo que Germán considera “lo máximo que me pasó en la vida”, a saber, tocar la armónica en el concierto de dicha banda, como un invitado especial, frente a miles de personas. Con humildad y lentitud, relata cómo conoció a los integrantes de esta prometedora agrupación, en el mismo boliche, pero un año atrás, gracias a un amigo que lo hizo pasar a la zona *VIP*, donde la banda descansaba luego de un concierto. “Me tuve que ir temprano porque tenía que laburar”, recuerda mientras mira el uniforme de OSE colgado en una percha, con el que todas las mañanas recorre los barrios de Montevideo para tomar el consumo de agua de las casas. Al día siguiente del toque, se reunió con la banda en una estación de servicio y allí mismo improvisó un solo de armónica a pedido de *Toti*, el cantante de *Jóvenes Pordioseros*, quien incluso le prestó su instrumento, a pesar de que, según Germán, “la armónica es personal y no se presta”. Impresionados por la fuerza musical que lo caracteriza, los integrantes de la banda le pidieron que tocara con ellos en su próxima visita a la capital. El resto es historia.

Ni los nervios ni algunas fallas técnicas le impidieron dar todo de sí en el escenario, porque la experiencia le ha enseñado que “el sonido de la armónica sale con el cuerpo que uno le da. Madurando arriba del escenario me di cuenta que hay que poner todo de uno en su arte, pero poner cosas demás solo para lucirse es un error”. Si bien se sintió conforme con su actuación, hasta hoy está convencido de que podría haber tocado mejor o al menos, eso es lo que quiere creer: que siempre hay espacio para superarse, para avanzar y no estancarse ni convertirse “en un mediocre”. Germán justifica su perfeccionismo exacerbado al concluir que su don no es innato, sino adquirido y perfeccionado mediante la práctica, cuando se compara a sí mismo con dos de sus mayores influencias: John Popper y Mike Stevens, a quienes considera “virtuosos de la armónica, personas que nacieron para eso”.

Para Germán es inconcebible un futuro sin la música, sin esa droga que tanto necesita para vivir, para ser libre, como él mismo proclama. Sin pensarlo dos veces, afirma haber construido su vida a través de la música y por eso es esencial para su ser, para su aura. En su música recuerda vivencias de tiempos más felices. “Con la armónica recapitulé todo lo que me gustaba de mi vida y lo hice parte de mí para siempre”. Dice que más adelante le gustaría tocar con *Pity*, el cantante de la banda argentina

Intoxicados, por considerarlo una buena influencia musical, pero inmediatamente aclara: “yo soy fanático de lo que convivo continuamente, de mis amigos, de mi familia y de mi padre, que me acunaba con música de los *Rolling Stones*”.

(*) *Entrevista texto corrido. Se propuso la realización de una entrevista cuyo formato final fuera el texto corrido o la combinación de diálogos con narraciones. No se admitía la presentación de la entrevista bajo la forma de pregunta-respuesta.*